

Juventud

1855-57



I

Dónde está el principio de la juventud

HE dicho que mi amistad con Dmitri me había abierto nuevos horizontes sobre la vida, sobre su fin, sobre las relaciones entre los hombres. Obtuve entonces el convencimiento de que el destino de los hombres está en el deseo hacia la perfección moral, y que ésta era fácil, posible é indefinida. Mas yo no gozaba sino del descubrimiento de las ideas nuevas que se desprendían de esta consideración y de la elaboración de un plan de porvenir brillante, moral, activo; pero mi vida seguía su mismo orden mezquino, confuso y ocioso.

Estas ideas de virtud cambiadas en las conversaciones con mi predilecto amigo Dmitri, el *maravilloso Mitia*, como yo me le nombraba varias veces á mí mismo, han sido más gratas á mi espíritu que á mi corazón. En ciertos momentos, se me han aparecido con una fuerza de nueva revelación moral, hasta el punto de que muchas veces me asusto pensando en el tiempo perdido, y con todo, en el mismo instante, quiero aplicar estas ideas á mi vida con la firme resolución de no olvidarlas jamás.

Es en este momento donde está el principio de mi *juventud*.

Tenía entonces casi los diez y siete años. Los maestros continuaban viniendo á mi casa. Saint-Jerôme dirigía mis estudios, y

maquinalmente, sin gran entusiasmo, me preparaba para la Universidad. Fuera de mis estudios, mis ocupaciones consistían en delirios y reflexiones solitarias, vagas, en ejercicios gimnásticos, para



llegar á ser el primer atleta del mundo, en paseos sin rumbo fijo á través de todas las habitaciones y principalmente por el pasillo de los cuartos de las criadas, en contemplar mi propio individuo delante del espejo, no sin que me alejase siempre de él con un sentimiento de tristeza al mismo tiempo que de desprecio por mi misma persona.

Mi aspecto, como me constaba, no solamente no era elegante, sino que ni tan sólo podía consolarme con los descargos propios en este caso; no podía decir que mi aspecto fuese expresivo, in-

teligente y noble. No tenía nada de expresivo; los rasgos eran de los más ordinarios, groseros y al mismo tiempo feos; los ojos pequeños, grises, y sobre todo cuando me miraba en el espejo me parecían más torpes que espirituales. Enérgico, era más que todo, y bien que fuera grande y muy fuerte por mi edad, todos los rasgos de mi fisonomía eran blandos, flojos, indecisos. No había en ellos nada de nobleza, al contrario, parecían los de un simple aldeano; y mis manos y mis pies, muy desarrollados en esa época, me causaban una verdadera vergüenza.



II

La primavera

EL año de mi entrada en la Universidad, las Pascuas fueron en abril, tanto que los exámenes estaban fijados para después de ellas, y durante la semana santa debíme preparar para la comunión y acabar mi preparación para los exámenes.

El tiempo, después de derretida la nieve, que Karl Ivanovitch llamaba «*el hijo viene después de los padres*», era desde hacía algunos días dulce, calmoso, claro. En las calles no se veía apenas un copo de nieve; el pavimento brillaba, el correr del agua quitaba el lodo espeso. En los tejados, las últimas gotas brillaban al sol; en el jardín, los botones se hinchaban de los árboles; en el patio un pequeño sendero seco llevaba á la caballeriza delante de un montón de estiércol helado; cerca de la escalera, entre las piedras, crecía verdeante musgo.

Este momento singular de la primavera es el que influye fuertemente en el alma de los hombres; el sol brilla, pero sin ardor; corren los pequeños arroyos; el frescor perfumando el aire y los cielos de un azul tibio, con grandes nubes diáfanas. Yo no sé por qué, mas me parece que en la gran ciudad la influencia de este periodo en que nace la primavera es aun más sensible, más fuerte, se ve menos, pero se presiente mucho más. Estaba de pie junto á la ventana, en la sala de la clase que me enojaba horriblemente, y

el sol de la mañana, á través de los dobles vidrios, proyectaba sus rayos en que revoloteaba el polvo. Estaba ocupado en resolver en la pizarra una larga ecuación algebraica. En una mano tenía el Algebra de Franker estropeada, y en la otra, un pedazo de yeso con el cual me había ensuciado las manos, la cara y los codos de mi traje. Nikolai, con blusa, las mangas recogidas, levantaba con las tijeras la almáciga de la ventana y enderezaba los clavos de la vidriera que se abría sobre el jardín. Mi atención era distraída por su trabajo y por el ruido que hacía. En esa ocasión estaba yo de muy mal humor. Nada me salía bien; una falta que



hice al empezar mis cálculos me obligó á principiarlos de nuevo; dos veces dejé caer el yeso. Me convencí de que mi rostro y mis manos estaban sucias; la esponja estaba no sé dónde... y el ruido hecho por Nikolai me excitaba vivamente los nervios. Quise enfadarme, murmurar, pero tiré el yeso, el Algebra y me decidí á meterme en mi cuarto. Me acordé entonces de que debíamos confesar aquel día, y que me había de abstener de pecar; en aquel punto tomé una resolución de espíritu muy particular y dulcemente me acerqué á Nikolai.

—Déjame ayudarte, Nikolai,—le dije procurando dar á mi voz un tono amable.

La idea de que obraba bien dominando mi enojo para mejor

obligar á Nikolai, aumentaba aun en mí ese estado de espíritu profundamente conciliador.

El betún había saltado, los clavos estaban enderezados, mas á pesar de que Nikolai tiraba con todas sus fuerzas el marco de la vidriera no cedía.

«Tirando con él—pensaba yo,—si el cuadro se desprende de una vez... entonces esto será un pecado y ya no podré trabajar en todo el día».

La vidriera resbaló de un lado y salió.

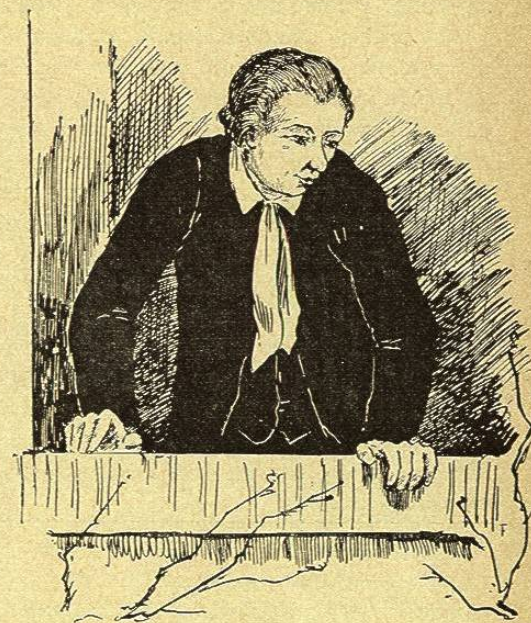
—Dónde la llevo?—le pregunté.

—Permitidme que lo arregle yo mismo—respondió Nikolai visiblemente extrañado, y al mismo tiempo, según me pareció, descontento de mí celo.—No, es fácil que se confundan, porque allá abajo, en el cuarto oscuro, están todas numeradas.

—Yo las numeraré—dije levantando el cuadro.

Me parece que si el cuarto oscuro hubiese estado á dos *verses* lejos y que el marco hubiese pesado dos veces más, yo

hubiese estado muy contento. Hubiera querido rendirme de cansancio para prestar este servicio á Nikolai. Cuando regresé al cuarto, los ladrillitos y pequeñas pirámides de sal estaban ya quitadas del borde de la ventana abierta, y Nikolai sacudía con un plumero la arena y las moscas adormecidas. El aire fresco y perfumado rellenaba el cuarto, penetrando en él. Por la ventana se percibía el rumor de la ciudad, y en el jardín el murmurar de los gorriónes.



Todos los objetos estaban vivamente aclarados, el cuarto era alegre, un suave viento de primavera levantaba las páginas

de mi Algebra y los cabellos de Nikolai. Acerquéme á la ventana, y sentándome en ella, me incliné hacia el jardín y me puse á soñar.

Un nuevo sentimiento, extraordinariamente poderoso y agradable, penetró súbitamente en mi alma. La tierra húmeda, en que se veían á un lado y á otro yerbas amarillas con las puntas verdes; los arroyuelos, brillando bajo el sol, arrastraban pedacitos de tierra y pequeñas porciones de leña; las ramas y los botones tupidos de las liláceas se balanceaban casi sobre las ventanas; los murmullos azorados de los pajaritos que se agitaban dentro del zarzal; el muro de contorno negro, húmedo de nieve derretida, y principalmente el aire húmedo y perfumado y el sol espléndido, me inspiraban claramente ideas nuevas y buenas que no sabría explicar tal cómo se me revelaban, pero que yo trataré de expresar diciendo que todo esto me hablaba de la belleza, de la dicha, de la virtud, y me las mostraba como cosa fácil de alcanzar, posible para mí, no insuperable, y cómo formando las tres no más que una sola y misma cosa.

«Cómo no he sabido comprender cuando he sido malo hasta el presente, y cómo podré ser bueno y feliz en adelante?» me dije. —«Es preciso inmediatamente procurar ser otro hombre y empezar á vivir de diferente manera». Sin embargo, á pesar de esto me quedé algún tiempo más junto á la ventana, pensando y sin hacer nada. Alguna vez, os habrá ocurrido en verano, en tiempo sombrío y lluvioso, ir á dormir durante el día y despertar al ponerse el sol, abrir los ojos y en el marco agrandado de la ventana, tras la cortina de tela que ondula al viento, ver á un lado la hilera de los tilos mojados de lluvia y de color violeta y el pequeño sendero húmedo del jardín iluminado por los rayos del sol oblicuos y claros; y escuchar plácidamente en el jardín los cánticos festivos de los pájaros, percibir á través del espacio los insectos que revolotean, transparentes á la luz, respirar el perfume del aire después de la lluvia, y pensar: «Cómo no darne vergüenza de haber dormido en semejante tarde?» Y al mismo tiempo, correr al jardín gozando de la vida. Si esto habéis sentido, conocéis el vivo sentimiento que yo experimenté en aquel entonces.



III

Más sueños

HOY me confieso, me purifico de todos mis pecados—pensaba,—no haré ningún otro jamás...» En este momento me acordé de todos los pecados que más me atormentaban. «Cada domingo, sin excepción, iré á la iglesia, y después, durante una hora entera, leeré los evangelios; y enseguida, del dinero que reciba cada mes, cuando esté en la Universidad, daré dos rublos y medio, una décima, á los pobres, mas de manera que nadie lo sepa; nada daré á los mendigantes, pero buscaré á los huérfanos y ancianos de quienes nadie se preocupa.

»Tendré mi cuarto aparte—el de Saint-Jerôme probablemente,—y me lo arreglaré yo mismo, y lo tendré lo más limpio posible; del criado no exigiré para mí ningún trabajo, ya que es un hombre como yo. Después iré cada día á la Universidad á pie—si me dan un coche lo venderé y el dinero será para los pobres. Lo haré todo puntualmente.—Lo que era este «todo», en aquella época yo no podía definirlo, mas lo comprendía vivamente y sentía este «todo» de la vida intelectual, moral, irreprochable.—Redactaré mis cursos, y al mismo tiempo estudiaré á la avanzada las lecciones, tan bien que el primer año seré ya el primero y escribiré mi tesis. En el segundo año, lo sabré todo y podré pasar directamente al tercero, tanto, que á diez y ocho años saldré de la Uni-